



EL AÑO DE LA MISERICORDIA

El Papa Francisco y la misericordia

Cuando el cardenal Walter Kasper acudió al cónclave de 2013, acababa de recibir los ejemplares de la edición en castellano de su libro sobre la misericordia. El director de la editorial le comentó que los distribuyera entre los cardenales de habla hispana. El prelado alemán así lo hizo y le dio un ejemplar a un cardenal argentino que dormía junto a su habitación en la residencia de Santa Marta. Al recibir el libro, Jorge Mario Bergoglio, Arzobispo de Buenos Aires, le comentó: *“Misericordia. Il nome del nostro Dio”* (Misericordia. El nombre de nuestro Dios).

Días más tarde, el obispo de la capital argentina fue elegido como el nuevo obispo de Roma, el Papa Francisco y, en su primer Ángelus, recomendó el libro del cardenal Kasper afirmando que le había hecho mucho bien.

La misericordia marca el estilo del papa Francisco, tanto en sus discursos, como en sus actuaciones, como en los documentos de su pontificado (*La alegría del Evangelio* y *la Alegría del amor*). Tanto es así que convocó un año jubilar que se inició con la festividad de la Inmaculada el año 2015 y se clausurará el 20 de noviembre de 2016, último domingo del año litúrgico.

Cabe recordar que el Santo Padre inauguró previamente este Año Santo en Bangui, en la República Centroafricana, un gesto que indicaba que la misericordia nos conduce a estar al lado de los más necesitados.

El jubileo de este año es extraordinario, pues los ordinarios se celebran cada veinticinco años. Se ha convocado con motivo de la conmemoración del cincuenta aniversario del Concilio Vaticano II. Recordemos que en su discurso inaugural, el papa Juan XXIII, canonizado por el papa Francisco, proclamó unas palabras proféticas: “En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad”. Era una llamada a la misericordia que quedará reflejada en las palabras y en las actitudes del Concilio.

Para captar el alcance del concepto misericordia hay que tener en cuenta una triple dimensión: teológica, penitencial y solidaria.

Un concepto teológico

Como bien decía el cardenal Bergoglio, Misericordia es el nombre de nuestro Dios. En el contexto bíblico el nombre indica la esencia y la misión de una persona. Así pues, cuando hablamos de la misericordia nos estamos refiriendo a un concepto teológico clave. Describe quién es Dios.

Evidentemente, Dios es Misterio y en su conocimiento supera las capacidades humanas. Sin embargo, este Dios se ha revelado a través del testimonio de los textos bíblicos pero, sobre todo, mediante la persona de Jesús de Nazaret. Y esta revelación nos muestra un Dios muy diferente como se lo habían imaginado las otras religiones de la época, e incluso, como lo entendían los propios judíos y los discípulos de Jesús.

Se trata de una revelación primordial. Dios ya no es el rey glorioso sino un padre misericordioso. Jesús no se cansó de repetir esta idea. La explicó en parábolas como la del hijo pródigo (Lc 15, 11-32) o la oveja perdida (Lc 15, 4-7). La llevó a la práctica acercándose a los marginados de la época: los leprosos, los samaritanos, las mujeres, los niños, los publicanos y los pecadores. La convirtió en el eje de la oración al enseñar el Padrenuestro. Así pues, la misericordia es el rostro de Dios manifestado en Jesús.

Por tanto, el Año de la Misericordia es una invitación a reflexionar sobre quién es Dios y a superar imágenes demasiado humanas de la divinidad que lo asocian al poder. Y, a su vez, descubrir el amor humano como una imagen del auténtico rostro de Dios.

Un estilo de hacer pastoral

Otra dimensión de la misericordia es la penitencial, tanto en la práctica pastoral como en la reflexión teológica sobre la salvación. Todos sabemos que Dios nos salva con nuestra cooperación, es decir, la iniciativa es de Dios, pero es necesaria una respuesta humana. Se combinan la gracia con el esfuerzo personal.

Desde el origen del cristianismo, existe un debate abierto entre los que priorizan el esfuerzo de que el ser humano debe procurar vivir una vida según los criterios de Dios y los que destacan el protagonismo de la intervención divina.

En este contexto, algunos podrían considerar que poner el énfasis en la misericordia puede acabar fomentando una excesiva permisividad. Entonces, la misericordia se podría entender como sinónimo de la tolerancia o de condescendencia, con lo que se podría caer en un cierto relativismo moral. Este no es el planteamiento de Jesús.

En el Evangelio, los que invocaban el mérito del cumplimiento de las normas criticaban a Jesús por relacionarse con los publicanos y pecadores. Quizás olvidaban que ellos mismos también eran pecadores, tal y como pasó en el episodio con la mujer adúltera a quien querían lapidar (Jo 8. 1-11). Es también el mensaje de la parábola del fariseo y el publicano (Lc 23, 39-43). Jesús se presenta como un médico que viene a curar la enfermedad del pecado (Lc 5, 31-32) y muchos no aceptan el hecho de estar enfermos, con lo que difícilmente se podrán curar.

Por descontado que el enfermo ha de seguir las indicaciones del médico, pero hay que aceptar que las enfermedades no se curan sólo con la fuerza de voluntad. La idea de la misericordia nos revela cómo Dios no rechaza las carencias, precariedades, vulnerabilidades humanas, sino que nos cuida.

Las obras de misericordia

Por eso, el Año de la Misericordia es una llamada a atender las necesidades de los demás. No se trata de fomentar lástima desde una pretendida superioridad económica, cultural o moral. Más bien todo lo contrario. Se trata de darnos cuenta que la condición humana es frágil, y esta pobreza intrínseca se manifiesta de distintos modos. Por tanto, actuar según la misericordia es un acto de solidaridad, de saber que todos, en algún momento de la vida, somos débiles y necesitamos la ayuda de los demás.

La tradición nos recuerda qué acciones van encaminadas por este camino. Son las obras de misericordia: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y presos, acoger a los peregrinos, rescatar a los cautivos y enterrar a los muertos. También contempla las obras de misericordia espirituales: enseñar al ignorante, dar un buen consejo a quien lo necesita, corregir a quien está equivocado, consolar a quien está triste, perdonar las injurias por amor a Dios, sufrir con paciencia las flaquezas y molestias del prójimo, rezar a Dios por los vivos y por los muertos.

En todo caso, el Evangelio ya es suficientemente explícito “No todos los que dicen ‘Señor, Señor’ entrarán en el reino de los cielos, sino solo los que hacen la voluntad de mi Padre celestial” (Mt 7, 21). Y también: “Os aseguro que todo lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más humildes, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40).

Acaba el Año de la Misericordia y es un buen momento para plantearnos qué nos ha quedado de este jubileo y cómo deberíamos continuar viviendo la experiencia de la misericordia.

Citas bíblicas

– **Mt 9, 12-13:** “Los que gozan de buena salud no necesitan médico, sino los enfermos. Id y aprended qué significan estas palabras de la Escritura: ‘Quiero que seáis compasivos, y no que me ofrezcáis sacrificios.’ Pues yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores”.

– **Lc 15, 7:** “Os digo que hay también más alegría en el cielo por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse”.

Preguntas para reflexionar

- 1.- ¿Cómo hemos celebrado el año jubilar de la misericordia?
- 2.- ¿Qué imagen tenemos de Dios?
- 3.- ¿Somos conscientes de que la salvación es un don de Dios?
- 4.- ¿Qué obras de misericordia podemos hacer?

Bibliografía

- Fisichella, Rino, *Los signos del Jubileo*. Ed. Sal Terrae, Santander 2015.
- Kasper, Walter, *La Misericordia*, Ed. Sal Terrae, Santander 2012.
- Papa Francisco: *Misericordiae Vultus. El rostro de la misericordia*. Ed. Claret, Barcelona 2015.

Barcelona, noviembre de 2016.